



Gabriel Rolón

Cara a cara

(La dimensión humana
del analista)

«El Psicoanálisis no es una religión. Es un viaje que tiene como punto de partida la angustia y como destino final la verdad. Un sendero que recorren juntos dos viajeros sin más brújula que el lenguaje y el deseo. Deseo de saber, otro de los nombres del amor. El paciente es al mismo tiempo el capitán y el remero, la barca y el mar; el analista, esa voz que invita a seguir».

El nuevo libro de Gabriel Rolón es una gran aventura. No reúne casos clínicos ni relatos de ficción, tampoco es un libro de teoría: es algo distinto. Es un trabajo en el que decide hablar consigo mismo para pensar sobre cada uno de los enigmas que lo desvelan: el deseo, el desamor, la muerte, los hijos, la pasión, la felicidad, el recuerdo y el olvido, entre otros.

El desafío no es menor y Cara a cara va de frente. Porque este es, más que nada, un diálogo íntimo del analista con el analista, del hombre con el chico que fue, del licenciado que ahora sabe que ese título se juega en otra parte. Es un viaje que va del Psicoanálisis a la vida, y de la vida a un café.

Y es ahí, en esa travesía con el corazón a flor de piel, donde nos encontramos con Gabriel Rolón como nunca antes, mano a mano en un espejo que le devuelve una imagen que lo interpela. Porque la verdad está muy lejos de cualquier reflejo, magia o inmediatez; él lo sabe. Eso es el análisis en una escala sensible. Y esa es la dimensión humana del analista.

*A Cynthia: por cada uno de los miles de segundos
que dedicó a este libro... y a mí.*

*La intención: Introducir al Psicoanálisis haciendo
uso de palabras sencillas, de términos que no fue-
ran técnicos.
¿Es posible no banalizar las ideas? Si difícil no de-
biera ser imposible.*

OSCAR MASOTTA

A MODO DE PRÓLOGO

«*Todo el que quiere nacer debe antes destruir un mundo*».

La frase pertenece a *Demian*, libro de Hermann Hesse que leí en un viaje en tren a Mar del Plata cuando tenía catorce años y que concluí llorando. Hace poco encontré una edición nueva muy bella y tuve la tentación de volver a leerla, quizás intrigado por la causa de mi emoción temprana. No es aconsejable ir en busca de lo que nos conmovió hace mucho tiempo porque el destino suele ser el desengaño. No fue el caso; para mi sorpresa terminé llorando otra vez. Sospecho que por otros motivos. Y, aunque ya no soy quien era hace cuarenta años, me permito creer que es posible que las obras de arte también se modifiquen con el tiempo para acomodarse al alma del lector.

Lo cierto es que esa frase me hizo pensar que, tal vez, aquel chico intuía su futuro. Porque eso es lo que sabe un analista: para nacer hay que destruir un mundo. De ese modo, el paciente renace sobre los cimientos de un pasado abolido, sobre los recuerdos, frescos a veces, de lo que ya no es. Obligado a caminar sobre sus propias ruinas sacude el polvo de su historia y mira, no sin temor, aquello por venir.

Las crisis suelen ser esos puntos de quiebre, de derrumbe, que obligan a un sujeto a replantear su vida y le imponen el desafío de *volver a empezar*; otra de las formas de renacer a pesar del dolor y los miedos, de la angustia y lo perdido, empujado por la fuerza del deseo que recorre su sangre y le murmura una verdad que aún no puede oír.

Analizarse es aceptar el reto de convertirse en un sujeto diferente; es un acto de vida que se pone en movimiento y también una elección. Y así como el nacimiento fue la culminación de un deseo ajeno que nos marcó sin pertenecernos, renacer en análisis es hacerse cargo del destino, tomar la decisión de no rendirse y poner en juego el deseo propio.

El Psicoanálisis es mucho más que una terapia. Mi compromiso ha sido siempre difundirlo, transmitir su eficacia y resaltar el misterio de su potencia: quien se haya analizado no volverá a ver el mundo de la misma manera y caminará la vida de un modo distinto. Por eso la idea me rondaba desde hace tiempo: escribir en un registro diferente. Ni casos ni ficción, tampoco teoría: algo nuevo. Quería un libro dialogado, charlado. Buscar ese desvío que suele tener la supuesta espontaneidad de un encuentro, esa zona en la que se sabe cómo empieza pero rara vez cómo termina para, de ahí, derivar. Un texto que dé cuenta de los enigmas que me recorren: la muerte, el deseo, el desamor, los hijos, la pasión, la felicidad, el recuerdo y el olvido, entre otros.

Para emprender esta aventura convoqué a Mariano Valerio, mi editor, y le propuse un juego que me resultó fascinante: obligarme a pensar a partir de sus preguntas y arrinconarme en cada espacio en el que intentara escapar de la honestidad intelectual. Nos conocemos desde hace casi una década y nos une la amistad. Aceptó y convinimos en tener algunas charlas.

Los encuentros sucedieron en un otoño al que le costaba llegar. El frío avanzaba con los días, de a poco, hasta que finalmente los árboles acusaron recibo. Esas mañanas nos envolvió el sabor del café, el piano al que nos sentamos cada tanto, y la referencia a los libros que curioseamos con cierta complicidad. Así transcurrieron aquellas jornadas: sin apuro y con el ánimo de que ningún tema quedara afuera. Ha sido un camino lleno de estímulos en donde me encontré por momentos conversando con el pasado, con

mis maestros y con aquellos que desde muy adentro forman parte de mí.

Este libro me ha llevado de la infancia al presente, de los temas más íntimos a la música y al cine, de la poesía a la calle, de la risa al silencio, del Psicoanálisis a la vida. La intención fue no dejar nada en el tintero: ir por todo, para menos siempre hay tiempo.

Pasado ya el disfrute de esas horas compartidas es momento de escribir. Y en este instante, al quedarme solo, me atrapa el silencio y empiezo a dialogar conmigo: es el analista que habla con el analista, el chico que fui que interpela al hombre que soy. No me gustan los que olvidan de dónde vienen, por eso agradezco este ejercicio de la memoria que me reinstala en quien siempre he sido. Esa es la dimensión humana del analista. Esa es también la gran aventura de este libro. El desafío: conservar la espontaneidad y calidez del registro oral. Espero haberlo logrado.

Algunos inviernos suelen parecer más fríos que otros. El que se está yendo de a poco, entre nubes por la ventana, fue particularmente lluvioso y gris. Y ahora, justo ahora que estoy por terminar, y que entiendo que esta taza de café que humea en mi mano sea tal vez de las últimas que acompañen la escritura, aprovecho uno de esos silencios que se instalan cuando presentimos que algo se acaba y recuerdo una de las preguntas: «¿Hay que ser valiente para encarar un análisis?».

Antes de responder me tomo unos segundos, desvío la vista hacia el techo, respiro profundo, asiento como para mí y escribo que sí, que hay que ser muy valiente. Porque el análisis es un camino hacia la verdad. Y la única manera de mirar esa verdad es cara a cara.

GABRIEL ROLÓN

Agosto de 2015... casi a solas.

Un día cualquiera de otoño en Buenos Aires...

OBERTURA

El Psicoanálisis encuentra en la palabra las palabras que faltaban. Es el arte de poner sentido donde sólo había vacío.

ANTES DEL ANALISTA

¿Cuándo fue la primera vez que escuchaste hablar de Psicoanálisis?

Los argentinos, y más específicamente los que vivimos en la ciudad de Buenos Aires, podríamos decir que es algo que está en nuestro ADN cultural. Sin embargo, me acuerdo perfectamente de mi primer contacto con el Psicoanálisis, fue en un tren que iba de Florida a Capital. Te cuento: nunca tuve psicología como materia en el secundario. En esa época, los hijos de familias humildes, generalmente íbamos a un colegio comercial porque se suponía que nos permitiría una inserción laboral más rápida. Teniendo el tercer año cursado, podías empezar a trabajar en un banco. Además escribíamos muy bien a máquina —con todos los dedos y sin mirar el teclado—, sabíamos taquigrafía y muchas cosas que ahora parecen innecesarias pero que entonces eran importantes. El bachillerato quedaba reservado para los que estaban seguros de seguir una carrera universitaria algo que, en teoría, no era una de mis posibilidades. Por eso no tuve materias como psicología, filosofía o lógica que, me doy cuenta, son las que más me habrían gustado.

Pero ocurrió algo muy significativo para mi vida. En aquel momento lo viví casi como una desgracia y sin embargo hoy, iluminando mi pasado con la luz del presente, comprendo que fue uno de esos hechos que cambiaron mi destino. De sucesos como ese aprendí que a veces hay que tomar distancia para evaluar el impacto que los acontecimientos van a tener sobre nosotros. **En ocasiones, lo que**

parece un milagro termina siendo un castigo y, algunas aparentes desgracias tuercen el destino en dirección a nuestros sueños.

Tenía catorce años y tuvimos que mudarnos. No fue una decisión de mis padres, ni ellos ni yo deseábamos hacerlo, pero no nos quedó otra opción. Mi colegio, mis amigos, mi club, todo estaba en Liniers en tanto que yo volví a Laferrère, a la antigua casa de mi abuela. La vida es rara y el tiempo cambia las cosas de manera inapelable. Cuando a los cinco años tuve que abandonar el lugar donde nací, en aquella misma cuadra a la que ahora volvía, sentí una enorme desolación. Apoyado en la baranda del camión de mi padrino, en ese breve espacio que dejaban nuestras pocas pertenencias, miraba cómo me alejaba de mi niñez, mi calle de tierra, mis primeros pasos. Uno de los chicos me saludó con la mano sin interrumpir el picadito que, como cada tarde, jugaban en la vereda. Tuve esa sensación de incertidumbre que genera la ignorancia de lo que nos depara la vida. Ahora, nueve años después, el destino me traía nuevamente allí. Pero todo era distinto porque, básicamente, yo era otro. Mis amigos de entonces me resultaban desconocidos que se reunían en la esquina a hablar de cosas que no compartía y experimenté en el cuerpo la verdad de aquella frase de Heráclito: «Nadie se baña dos veces en el mismo río». Ni la calle, ni los chicos, ni yo, éramos los mismos. Fueron meses de paso, un tiempo de espera luego del cual alquilamos un departamento en Florida, partido de Vicente López. Nos instalamos allí un sábado al mediodía y salí a caminar. El barrio era hermoso, pero yo seguía estando solo. Y cualquiera que sepa de la importancia que el grupo de pares tiene en la adolescencia podrá imaginar que esa soledad se vive de un modo muy intenso.

¿Dónde naciste?

En la provincia de Buenos Aires, y soy la prueba de que no sólo las personalidades trascendentes tienen un nacimiento

extraño —pienso en los ochenta años de gestación de Lao Tsé o la madre virgen del Cristo—. A veces las personas comunes también podemos tenerlo: es mi caso. Nací en tres lugares diferentes dado que mi familia vivía en Laferrère, mi mamá fue a parirme a Ramos Mejía y, como a mi padre le quedaba de paso a su trabajo, me anotó en el Registro Civil de San Justo. Es decir que si vos me preguntás dónde, debo responderte que legalmente nací en San Justo, físicamente en Ramos Mejía, pero mi hogar estaba en Laferrère.

Casi el don de la ubicuidad...

Algo así, pero solamente dentro de los límites de La Matanza. La cuestión es que, cuando llegaba el fin de semana, estaba solo. Y fue allí que vino a mi auxilio una mujer extraordinaria: Fanny Giordano, con quien construimos casi una amistad a pesar de la diferencia de edad, porque por entonces debía tener unos cuarenta años. Era profesora de todo lo que puedas imaginar: inglés, francés, alemán, matemática, castellano, historia... Alguien increíble con quien nos unió un hecho fortuito. Florida era una zona en la que el agua escaseaba y en el edificio al que nos mudamos hacía veinte años que literalmente no había ya que la falta de presión impedía que llegara al tanque. Mi padre, que era un bicho de obra, metió mano de inmediato, puso bombas, caños y nos solucionó el problema. Y como Fanny vivía en el departamento de al lado, junto a su madre anciana —la abuela, como aprendí a llamarla—, mi viejo hizo unas conexiones para que ellas también tuvieran, por supuesto sin cobrarles nada. No te imaginás la cara de emoción de esas mujeres. Parecía algo tan simple, sin embargo habían sido veinte años de bajar y subir las escaleras a las tres de la mañana con baldes que llenaban de la canilla de la entrada en planta baja y que vaciaban en la bañera para tener agua durante el día. Como gesto de gratitud, Fanny les dijo a mis padres que me daría clases de apoyo todos los días de

forma gratuita. ¿Por qué a mí?, me pregunté, ¿qué había hecho de malo? Casi quería cortarles el agua de nuevo.

Era un buen alumno, no necesitaba esas clases de dos horas diarias que durante cuatro años fueron la actividad de todas mis mañanas. Pero de a poco fui queriendo ese espacio y, sobre todo, a esa mujer que me introdujo en un mundo hasta entonces desconocido.

Un día, por ejemplo, llegué a su casa protestando porque la profesora de literatura nos había ordenado que leyéramos *El Gaucho Martín Fierro*. Sonriendo, me preguntó si yo sabía de qué se trataba el libro y le respondí que no. Era invierno y Fanny calefaccionaba el cuarto con dos estufas de kerosene de hierro sobre las cuales colocaba unas cáscaras de naranja para que perfumaran el ambiente. Y fue así que una mañana, con ese aroma que aún recuerdo con nostalgia, empezó a contarme una historia de crueldades, de actos heroicos, de injusticias, de padecimiento y opresión. A medida que avanzaba, me invadían imágenes de gauchos, llanuras y tranqueras que tan bien conocía. Como a la media hora interrumpió el relato y se ocupó de otra cosa. Yo, que estaba desesperado, le pregunté: «¿Y qué pasa después?». Fanny fue hasta la biblioteca, tomó el libro, lo puso sobre la mesa justo enfrente de mí y dijo: «No, ahora andá y leelo». Me devoré el *Martín Fierro*, pero eso no fue todo. Un domingo, sabiendo de mi soledad los fines de semana, me invitó a que fuéramos hasta la localidad de Glew para ver las pinturas de Raúl Soldi. Acepté sin mucho entusiasmo, pero la experiencia fue única: el viaje, la charla que con ella siempre era estimulante, llena de anécdotas históricas y culturales, y luego caminar por esas calles, un lugar bellissimo coronado por la capilla donde estaba aquella obra impactante. La cuestión es que a partir de ese día incorporé una costumbre: los domingos, después de almorzar, caminaba hasta la estación de Florida y tomaba el tren a Retiro. Al llegar compraba una ficha de subte, hacía todas las combinaciones posibles y viajaba hasta que llegaba la

noche. A eso de las ocho volvía a Retiro y de allí otra vez a casa. A veces bajaba en cualquier estación y miraba asombrado Buenos Aires, casi con ojos de turista, descubriendo cúpulas, calles angostas o casas extrañas. En otras ocasiones ni siquiera salía del vagón y me limitaba a viajar. Y esto, que de divertido no parece tener nada, era maravilloso, porque a cada uno de esos viajes me llevaba un libro, con lo cual pasaba el día leyendo. En esas breves aventuras férrreas descubrí a Jean Valjean, a Dorian Gray, al Capitán Ahab, su barco Pequod y su obsesión por atrapar a Moby Dick. Me maravillé con *Los viajes del Capitán Gulliver*, *Ficciones* y *Rayuela*, entre muchos otros, siguiendo siempre las recomendaciones de mi profesora y amiga. Hasta que un día me sugirió que leyera la *Autobiografía* de Freud y quedé subyugado ante su genialidad.